

tremidad Jorge y su favorito se resistieron á llamarlo, en razon á que siempre fué tenido por el mayor *whig* de todos. Es lo cierto que habia sido amigo y discípulo de Walpole; que fué grande su intimidad con el duque de Cumberland; que los *torjes* lo detestaban más que á ningun otro personaje político, y que tal era el odio y mala voluntad que le tenian, que cuando intentó bajo el reinado precedente formar un partido en contra del de Newcastle, arrojaron todo su peso en el platillo del Duque. Por otra parte, los escoceses detestaban á Fox por ser el amigo confidencial del vencedor de Culloden; y la princesa madre lo aborrecia por razones personales, tanto, que no bien hubo quedado viuda rogó á Jorge II que lo relevara del cargo de dirigir la educacion de su hijo, el heredero presuntivo de la corona. Independientemente de estos agravios y quejas, Fox habia ofendido no hacia mucho tiempo á la corte, dejándose halagar, no sin fundamento, de la esperanza por todo extremo ambiciosa y temeraria de ver á su hermosísima cuñada Sara Lennox compartir con el rey el trono de Inglaterra (1). Por lo tanto, parecia que de todos los hombres políticos de su tiempo fuera Fox el último en quien lord Bute, el *tory*, el escocés, el favorito de la princesa madre,

(1) Habíase advertido, y era objeto de muchos comentarios, que á ciertas horas pasaba el Rey á caballo por las cercanías de Holland-House, y que siempre coincidía con su paseo el de la hermosa lady, que vestida de pastora salía orillas del parque á la carretera como al encuentro de S. M. A causa tal vez de la parte activa que tomó Mr. Fox en esta manera de intriga, fué el único individuo del Consejo privado á quien no se citó para el en que Jorge puso en conocimiento de sus demas colegas su proyecto de matrimonio con la princesa de Mecklemburgo,

podiera llamar á su lado, y sin embargo, no tuvo más remedio.

Muchas cualidades amables tenía Fox en la vida privada que lo hacian caro á sus hijos, amigos y deudos; pero en la vida pública le faltaban por completo títulos á la estimacion de las gentes. Porque participaba de los vicios comunes á toda la escuela de Walpole, mas con la circunstancia, en verdad agravante, de que como sus talentos para la discusion y los negocios eran eficacísimos á poner de relieve sus defectos, y su valor cívico, su natural vehemente y el desprecio que hacia de la opinion de los demas lo llevaban siempre á mostrar aquello mismo que los otros encubrian pudorosamente, consiguió ser el más impopular de los hombres de Estado de su tiempo, no por la grandeza de sus pecados, sino por su falta completa de hipocresía.

Conocia su impopularidad, pero á la manera de las almas fuertes, y en lugar de hacer alto en ella y corregirse, despreció la opinion pública y arrojó sus iras, y si fué apacible y generoso cuando joven, á fuerza de sufrir contrariedades y molestias y disgustos, se tornó iracundo y discolo, modo de ser que á todos sorprendia, no siendo natural en él. Tal era el hombre á quien Bute fué á pedir auxilio en último extremo.

Hallábase Fox dispuesto á dispensar buen acogimiento á las ofertas que pudieran hacersele; porque, aun cuando no fuera envidioso de suyo, habia visto sin duda ninguna con cierto enojo el éxito y la popularidad de Mr. Pitt. Reputábase por su igual en la discusion y por superior en el despacho de los negocios; ambos fueron considerados largo tiempo como dignos rivales; emprendieron *ex æquo* la car-

rera de la ambicion, y juntos marcharon largo tiempo: Fox se adelantó, y Pitt quedó rezagado: luégo se trocaron los papeles; pero Fox resbaló en el fango, cayó, y no sólo perdió, sino quedó manchado y sucio, y Pitt alcanzó la meta y ganó el premio. Y como los emolumentos de pagador, si pudieron ser eficaces á que se resignara en silencio á la supremacía de su rival, no lo fueron á satisfacer una inteligencia como la suya, ni á curar sus heridas de amor propio, de ahí que tan luégo comenzó á formarse un partido contrario á la guerra y á la autoridad de Pitt, renacieran las esperanzas de Fox; el cual se hallaba pronto á olvidar su enemiga con la princesa madre, con los escoceses, con los *tories*, todo, con tal de reconquistar, merced al auxilio de sus antiguos enemigos, la importancia perdida y de hallarse frente á frente de Pitt algun dia en condiciones idénticas.

Poco tardaron, pues, en quedar conformes Fox y Bute, prometiendo éste al primero, si queria ser timonel de la nave gubernamental durante la borrasca parlamentaria y la conducía con felicidad á puerto seguro, el tan deseado asiento en la Cámara de los Lores. Por otra parte, como Fox alcanzaba una victoria señalada sobre su contrario, consiguiendo por buenos ó malos medios una votacion en favor de la paz, á virtud de los arreglos mencionados, tomó la direccion de la Cámara de los Comunes, y Grenville, mal de su grado, consintió en el cambio.

Fox habia imaginado que merced á su influencia y mediacion atraeria en favor de la corte á ciertos *whigs* de mucha cuenta, sus amigos personales, y más principalmente á los duques de Cumberland y de Devonshire; pero muy luégo quedó defraudado en sus esperanzas, viendo que, como complemento

de sus dificultades anteriores y presentes, debía contar con la oposicion del más capaz de los principes de la sangre y de la poderosa casa de los Cavendish.

Sin embargo, como se habia comprometido á ganar la batalla y no era hombre que retrocediera nunca, ni fuese la ocasion de muchos escrúpulos, hizo comprender á lord Bute que sería imposible salvar al Ministerio, á ménos de seguir las prácticas de Walpole y de llevarlas á un extremo que hubiera maravillado al célebre ministro. Con esto las oficinas del pagador general se trocaron en mercado de votos, á donde acudian diariamente y se cerraban en su despacho centenares de diputados, que despues salian satisfechos y persuadidos con el precio de su infamia en el bolsillo. Tanto es así, que afirman personas bien informadas haberse repartido de la manera indicada en una sola mañana 625.000 pesetas, costando el diputado que ménos 5.000.

No bastando la corrupcion, se le añadió la intimidacion, y entónces supieron todos que S. M. queria ser obedecido. Comenzó la obra separando de sus cargos á varios lores lugartenientes de condados, y entre las víctimas principales, como escogida de intento para ser la más propiciatoria, figuró el duque de Devonshire, poderoso magnate cuya desgracia serviria de advertimiento á los de su clase, viendo que ni el rango, ni la riqueza, ni la influencia, ni el carácter respetabilísimo de la persona, ni el afecto inalterable de la familia del Duque á la casa de Hannover podian salvarlo ni ser parte á evitarle groseros insultos personales. Sabíase que el de Devonshire censuraba la conducta del Gobierno, y esto bastó para inmolar al príncipe de los *whigs*, como lo apellidaba la Princesa madre. Es el caso,

que como fuera el Duque una mañana con objeto de saludar al Rey, S. M. se negó á recibirlo, encargando á quien lo anunciaba le dijera «que no quería verlo:» y al advertir el Monarca que vacilaba el mensajero en transmitir su recado, Jorge repuso con muestras de mal humor: «Repetidle al pié de la letra mis propias palabras.» Lo cual oido de Devons-hire, se arrancó la llave de gentil-hombre que traía puesta y se retiró de la antecámara encendido en cólera. Al saber sus deudos lo sucedido, presentaron las dimisiones de los cargos que ejercían. Pero no satisfecho el Rey aún, pidió al cabo de algunos días la lista de sus consejeros privados y borró de ella el nombre del Duque.

Actos eran estos que demostraban energía, pero no cordura y benevolencia, y á virtud de los cuales nada quedó exento y libre de la saña palaciega, ni los magnates por su grandeza, ni los pequeños por su oscuridad relativa; y á contar de aquel día, se hizo sentir la persecucion, sin ejemplos ántes ni despues, en todos los centros administrativos, quedando privada de medios de subsistencia una multitud de funcionarios modestos y laboriosos, lisa y llanamente porque debian sus destinos á la recomendacion de algun personaje hostil á la paz; manera de proscripcion que se hizo extensiva en los diversos departamentos hasta los porteros, sin excluir á pocas viudas y pensionistas, á quienes valió verse despojadas de sus exiguos haberes la sospecha solamente de que las unieran al partido en desgracia vinculos de simpatía ó de gratitud. Fácil es comprender cuánto subiría de punto el clamor público; pero cuanto más exaltados se mostraban los ánimos, tanta más resolucion tenía Fox para proseguir la obra comenzada. Sus antiguos amigos no acertaban

á explicarse su tenacidad y su encono, y el mismo Cumberland, que lo conocia de antiguo, solia decir: «De buen grado perdonaria sus locuras políticas á ese hombre; mas no su crueldad presente; que ántes, á lo ménos, era bueno y humano.»

Y tan léjos fué Fox en este camino, que se atrevió á consultar con los letrados si las cartas patentes otorgadas por Jorge II eran obligatorias para Jorge III; y que si no se hubieran opuesto sus colegas, habria cometido los mayores y más inauditos atropellos.

Así las cosas, se reunió el Parlamento, y los ministros, aunque más aborrecidos que nunca lo fueron otros por la masa del país, estaban seguros de la mayoría tan amañada por Fox, y esperanzados de alcanzar la victoria en la discusion y el escrutinio, porque, á mayor abundamiento, Pitt adolecia de un gravísimo ataque de gota. Propusieron los amigos del ex-ministro aplazar la discusion del tratado hasta que pudiera tomar parte en ella; pero en vano. Llegó el día, comenzó el debate, y ya duraba cierto tiempo, cuando se oyó en el patio de la Cámara tumulto de voces y aclamaciones incesantes que se acercaba; ábrese de repente la puerta del salon, y entónces vieron todos á Pitt traído en brazos de sus criados, y rodeado de la multitud que lo vitoreaba. Cubria su rostro demacrado palidez mortal, traía la cayada y venía cubierto de franela: dejáronlo cerca de la barra, sus amigos lo rodearon á seguida, y con su ayuda pudo llegar hasta su escaño. De este modo, habló durante tres horas y media contra la paz, no sin tener que interrumpir su discurso varias veces para descansar y tomar algun cordial. No hemos menester decir que tenía la voz apagada, el ademan lánguido y frio, y que su dis-

curso aunque brillante y enérgico á las veces, resultó flojo y pálido en comparacion de las magnificas oraciones que habia pronunciado en aquel mismo sitio. Sin embargo, los que recordaban sus triunfos y veian cuánto sufría entonces, lo escuchaban penetrados de una emoción que no es parte á producir por sí solo el lenguaje más elocuente. No pudiendo esperar á la votacion, lo sacaron de la Cámara en medio de aclamaciones tan espontáneas y nutridas como las que lo acompañaron á su llegada.

La paz se aprobó por considerable mayoría, y la corte no pudo contener su gozo al saberlo. «Ahora será verdaderamente rey mi hijo,» exclamó la princesa. El Soberano añadió que al fin se veía libre de la esclavitud en que vivió su abuelo; y los palaciegos decían que S. M. abrigaba el propósito inquebrantable de no llamar jamás á sus consejos, cualesquiera que fuesen las circunstancias, á los magnates *whigs* que tanto humillaron á sus predecesores y habian pretendido humillarlo á él.

No pasaba de ser esto alarde prematuro de poder, debido al engrimiento de la victoria, porque las fuerzas efectivas del favorito no guardaban relacion ninguna con el número de votos alcanzado sobre un punto concreto, y las dificultades comenzaron á renacer sin más tardanza. El artículo más importante de su presupuesto era un impuesto sobre la sidra, y esta medida la combatieron, no sólo sus adversarios, sino mucha parte de sus parciales, en razon á que siempre fueron los *tories* enemigos de las contribuciones indirectas; como que la preferencia dada por Walpole á estos medios de allegar recursos les pareció en todo tiempo criminal, y que Johnson, el *tory*, dió en su Diccionario una definicion tan depri-

mente y ofensiva de la palabra *Excise*, bajo la cual se comprenden los dichos impuestos en Inglaterra, que los empleados del ramo se propusieron llevarlo á los tribunales por ella. Los condados que perjudicaba principalmente la contribucion habian sido siempre *tories*, y por eso John Philips, el poeta de las vendimias inglesas, cantando la comarca de la sidra, decia que fué fiel en todo tiempo al trono, y que los jornaleros de sus mil huertecillos hicieron espadas de sus hoces durante la guerra para defender á los desgraciados Estuardos. El plan fiscal de lord Bute dió por resultado convertir á los caballeros del campo y á los labradores de la comarca productora de la sidra en aliados de los *whigs* de la capital, y con esto el fuego que ardia en los condados de Hereford y de Worcester se comunicó á la *city* de Lóndres, que aún no teniendo paridad de intereses con ellos, tomó parte tan activa en sus quejas cual si fuera la más agraviada. De todos modos, y aparte de lo expuesto, la discusion del asunto causó un daño irreparable al Gobierno, debiéndose hasta cierto punto al desórden de los proyectos rentísticos de Dashwood y á su exposicion, que fueran acogidos con carcajadas por la Cámara. Y como tenía bastante buen sentido para comprender cuán poco apto era para el cargo tan elevado que desempeñaba, en un acceso de cómica desesperacion profirió las siguientes palabras: «¿Qué voy á hacer? Hasta los niños me señalarán con el dedo por las calles gritando: Ahí va el canciller del Echiquier más detestable de cuantos han sido!» Jorge Grenville acudió en su auxilio y disertó largamente sobre su tema favorito, es decir, la prodigalidad de los gastos realizados durante la última guerra, los cuales habian hecho indispensables los impuestos tan

crecidos que ahora se pedían y que tanto escándalo causaban; y volviéndose á los bancos de la oposición, preguntó á los diputados dónde hallarian hueco para un nuevo tributo, insistiendo en órden á este punto con su habitual prolijidad hasta el extremo de hacerse molesto en demasía. «¿Dónde será posible hallarlo? ¿que lo digan?» repetía con monótono acento. «Que lo digan, señor Presidente, que lo digan; ¿dónde será? ¿Dónde será, señor Presidente?» Por su desgracia, Pitt habia ido aquella noche á la Cámara, y como estaba impaciente de las recriminaciones de su hermano político acerca de la guerra, se vengó repitiendo á media voz, pero de manera que todos pudiesen oírlo imitar el acento plañidero de Grenville, el verso tan conocido de una cancion, que dice:

«¿Dó será, pastor amado?»

«Si un caballero—prorumpió entónces Grenville—se ve tratado, señores, de la manera que yo acabo de serlo...» Pero Pitt no le dejó continuar, y haciendo como en otro tiempo cuando queria demostrar su desprecio á un importuno, se levantó, saludó y salió, dejando á su cuñado con la palabra en la boca, y produciendo en la Cámara un acceso de hilaridad. Mucho tiempo hubo de pasar ántes de que Grenville perdiera el sobrenombre de Pastor amado.

Pero aún tenía que sufrir el Ministerio más grandes contrariedades que no estas. Porque como fuera implacable la mala voluntad que *toríes* y escoceses tenían á Mr. Fox, si bien consintieron en la ocasion del peligro colocarse bajo su direccion, no bien hubo pasado la crisis, el odio estalló con tanta más

violencia cuanto más comprimido estuvo siquiera por corto espacio; y así, miéntras aquéllos lo atacaban por sus cuentas en la época que fué pagador general, éstos interrumpian sus discursos de una manera brutal con risas y aclamaciones irónicas: motivos todos que le hacian desear salir de una situacion tan penosa, y á virtud de los cuales pidió pasar á la Cámara de los Lores, como se le habia prometido.

Dicho se está que hacia falta modificar el Gabinete; pero lo que nadie podia imaginar siquiera, ni entre aquellos que por su posicion tenían sobrado motivo de hallarse bien impuestos de la cosa pública, es lo que sucedió en realidad, á saber: la retirada de lord Bute, nueva inesperada que sorprendió igualmente á las Cámaras y al país.

Como acontece siempre que sobrevienen sucesos parecidos, á falta de una explicacion clara del hecho, se hicieron innumerables comentarios para suplirla, y en tanto que los unos atribuian su dimision á cálculo profundo, los otros la suponian obra del miedo; éstos decian que los libelos eran causa de su fuga del campo de batalla, y aquéllos, que como sólo empuñó las riendas del poder con el propósito de acabar la guerra, una vez logrado su objeto, las soltaba. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que oficialmente alegó motivos de salud para retirarse de los negocios, y que particularmente se lamentó de no haber sido apoyado con la eficacia y el empeño debidos por sus compañeros de Gabinete, y aún ménos por lord Mansfield en la Cámara de los Pares, á pesar de haberlo hecho ministro. A decir verdad, lord Mansfield era demasiado sagaz para no comprender que la situacion de lord Bute se hallaba rodeada de peligros, y además sobradamente tí-

mido para exponerse por salvar á otro. Pero, sin embargo de las suposiciones y conjeturas de todos y de las declaraciones de Bute, nos sentimos inclinados á creer que la conducta del favorito reconoció por causa en aquella circunstancia, como la de tantos otros hombres en muchos casos parecidos, motivos diferentes, no uno solo. A nuestro parecer, estaba cansado de su oficio, achaque más general de lo que parece á las gentes alejadas de la vida pública, entre aquellos que desempeñan cargos de mucha responsabilidad y fatiga, y sobre todo, en quienes llegan á las regiones del poder como lord Bute. Ordinariamente los hombres de Estado suben con lentitud, trascurriendo largos años consagrados á improbos trabajos ántes de llegar al término de sus aspiraciones, que es el poder. Durante la primera época de su laboriosa existencia tienen constantemente á su vista en el horizonte aquel objeto que los atrae y hace marchar sin darse reposo ni sentir la fatiga del camino; y así, al propio tiempo que suben por la senda escarpada y llena de obstáculos que conduce á él, se forman para la lucha gradualmente, se vigorizan y endurecen con los mismos sinsabores, y cuando llegan á la meta, así son incansables en el trabajo como rudos en la batalla; permaneciendo fieles á su vocacion, primero por la fuerza de la esperanza, y despues por la fuerza de la costumbre, que labran en ellos segunda naturaleza. Mas no acontecia esto con Bute, porque toda su vida pública escasamente duró algo más de dos años, siendo ministro el mismo día que fué hombre público, y encontrándose al cabo de algunos meses á la cabeza del Gobierno, sin más que desear. Y si entónces se le antojó vanidad cuanto posea, y si entónces se le antojó vanidad cuanto posea, y tormento del alma, ¿cómo confortar su espí-

ritu si ya no le alentaba la esperanza de hallar algo más allá? Siendo así, su mal no tenía remedio, pues ántes de haberse formado para sufrir los tormentos de la ambicion experimentaba el hastío de sus goces. Los hábitos de su vida tampoco fueron los que fortifican y preparan á los hombres públicos para resistir los embates de la opinion: habia permanecido hasta la edad de cuarenta y ocho años vegetando en paz y tranquilo, sin saber por experiencia propia qué cosa sea la traicion del amigo, ni la calumnia del contrario, y de improviso, sin pasar ántes por el duro y necesario aprendizaje, se vió en medio de un torbellino de injurias y de sátiras tan furioso cual ántes nunca hubo de arrostrar ningun ministro. ¿Qué habia, pues, de extraño en su conducta? Por otra parte, ni el sueldo ni los emolumentos de su cargo tenían importancia para él, pues sobre ser rico, acababa de recoger la herencia pingüe de su padre político; gozaba de todos los honores y prerogativas que pudieran otorgársele, y habia obtenido la Jarretiera para sí, y para su hijo un título de par de Inglaterra. Tambien parece ser que al abandonar la Tesorería esperaba eludir las injurias y evitar los peligros, sin desprenderse del mando por completo, y continuar ejerciendo en la intimidad palaciega influencia preponderante sobre S. M.

Al retirarse Bute, Fox buscó refugio en la Cámara de los Lores, y Jorge Grenville quedó encargado de la Tesorería y del Echiquier.

Los que dispusieron las cosas de esta suerte, se propusieron, á nuestro entender, convertir al primer lord de la Tesorería en pantalla de Bute, dando así muestra de no conocerlo á pesar de frecuentar su trato. Porque si bien Grenville pasaba por ser no más que laborioso, y reunia la prolijidad, activi-

dad, rigorismo y enojosa exactitud que son atributos del tipo, también poseía otras cualidades que aún no eran conocidas, á saber: ambición devoradora, intrepidez, confianza exagerada en sí mismo, y carácter incapaz de sufrir dificultades, ni resistencias, ni ménos imposiciones. Así fué que al subir al poder ni estaba dispuesto á servir de instrumento á lord Bute, ni sentía por él afecto alguno personal ó político. La verdad es que nada tenían de comun estos dos personajes, como no fuera su inclinación á las medidas violentas é impopulares: sus principios políticos diferían de una manera radical y completa: Bute fué siempre *tory*; Grenville habria montado en cólera contra quien sospechara no más de su acendrado y profundo amor á las doctrinas *whigs*; y aún cuando era más propenso que no Bute á los rasgos de tiranía, sólo gustaba de practicarla cuando era posible revestirla con el ropaje de la libertad constitucional. Y empleando un procedimiento no nuevo entónces en Inglaterra, mezclaba las teorías republicanas del siglo XVII con las máximas técnicas de la ley inglesa, combinando, merced á esta operacion, las especulaciones anárquicas con la práctica de la arbitrariedad. «La voz del pueblo—decía—es la de Dios; pero el órgano legítimo y único por el cual deba el pueblo hacerse oír es el Parlamento.» «Del pueblo nacen —añadía— todos los poderes; pero el Parlamento es su depositario delegado.» Ni tampoco ningun teólogo de Oxford durante la época más inmediata de la Revolución exigió para el monarca obediencia más abyecta y destituida de razón que la exigida por Grenville para el Parlamento en nombre de lo que consideraba como principios *whigs*. Y en su afán inmoderado de ver predominante siempre y en todas partes al Par-

lamento, y no satisfaciéndole que fuera tirano de la nación, deseaba convertirlo además en tirano de la corte, porque á su parecer, gozando el primer ministro de la confianza de la Cámara de los Comunes, debía ser prefecto de palacio, y el Rey ni más ni ménos que Chilperico, y estimarse venturoso con el usufructo de un tan espléndido alcázar como el de Saint-James y de un tan magnífico parque como el de Windsor.

Las opiniones de Bute y de Grenville no se compadecían, pues; y para colmo de su desavenencia tampoco eran amigos: que ni entraba el perdón de las ofensas en las prácticas del nuevo canciller, ni había olvidado cómo y por qué hubo de ceder algunos meses ántes á Mr. Fox la dirección de la Cámara de los Comunes.

Por lo demás, tenemos el convencimiento de que la gestión gubernamental de Jorge Grenville fué la peor de cuantas ha conocido la Inglaterra desde la época revolucionaria, y de que todos sus actos públicos pueden clasificarse bajo dos epígrafes, uno comprensivo de los ultrajes hechos á las libertades de la nación, y otro de las ofensas inferidas á la dignidad de la corona.

Grenville comenzó rompiendo el fuego contra la prensa, y Wilkes, diputado por Aylesbury, fué la víctima escogida. Poco tiempo ántes del suceso conocíase á Wilkes en todas partes por uno de los calaveras más impíos, licenciosos y amenos de la capital. Era instruido, de buenos modales y de mejor gusto literario, y su conversacion agradable hacía las delicias de sus amigos, logrando cautivar aún á los más graves personajes cuando se abstenía en sus pláticas de referir á la menuda los pormenores tan escabrosos de sus aventuras amorosas, y de